

Ballart, Pere. *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

LAURA GÓMEZ ÍÑIGUEZ

Después de la publicación de este libro, la crítica ha convertido a Pere Ballart (Barcelona, 1964) en *ironólogo*, título que a él no parece hacerle especialmente feliz (lo confesaba en una entrevista publicada en *La Vanguardia* el 4 de octubre de 1994). Prefiere definirse simplemente como *teórico de la literatura*. De hecho, ésta es la materia sobre la que tratan sus clases en la Universidad Autónoma de Barcelona, un área de estudio que obtuvo el grado de licenciatura independiente hace solamente algo más de un año.

Desde la primera frase de su libro, P. Ballart perfila claramente el objetivo de su estudio: «explicar la naturaleza y significación literaria de la ironía» (p. 13). Efectivamente, su investigación persigue la creación de un modelo teórico de interpretación válido para reconocer las claves en que se fundamenta el concepto de ironía. Al principio de su trabajo, P. Ballart se acoge a una máxima que representa el infinito respeto que el fenómeno irónico le provoca: «No tomarás el nombre de la ironía en vano». Y desde luego no es gratuita esta petición: es evidente que el fenómeno irónico ha desbordado los límites de lo estrictamente lingüístico y que la ligereza en su empleo ha acabado por desenfocar su verdadero significado (por ejemplo: si un equipo de fútbol pierde una importante final porque el balón se resistió a entrar en la red, el comentarista hablará de «ironías del esférico»; de *La Gioconda* se dice que contempla *irónica* al que la mira con admiración, etc.). Como se ha visto, la ironía ha sido *secuestrada* por el lenguaje coloquial de su campo específico de conocimiento. Así, «una voz que podría haber quedado clausurada en los tratados filosóficos o en los manuales de preceptiva literaria» (p. 19) se ha convertido hoy en día en un término aplicado indiscriminadamente a las más insospechadas situaciones. Obviamente, hay que redefinir la ironía, un concepto de perfil huidizo y de lindes a menudo compartidos. En este punto se inicia la investigación del Dr. Ballart (*Introducción: el fenómeno irónico*, pp. 19-34), si bien se trata tan solo de un brevísimo acercamiento previo,

pues no será hasta la segunda parte del libro cuando el autor le dedique a la definición de ironía una atención más pormenorizada y minuciosa.

Partiendo de la aceptación explícita de las dificultades que conlleva una definición directa del concepto (p. 293), P. Ballart se inclina por una aproximación al fenómeno irónico en tres fases distintas: el examen de las definiciones clásicas de ironía, el establecimiento del cuadro de rasgos imprescindibles que han de concurrir en cualquier manifestación irónica y la sistematización de los mecanismos de todo género que la ironía escoge como vehículos. De entre todos estos principios configuradores P. Ballart escoge un rasgo como eminentemente caracterizador de la ironía: «su contraste esencial entre valores de signo diferente» (p. 295). Tras este razonamiento de tres caras, la ironía deja de estar encasillada entre los tropos y las figuras retóricas para resituarse como «modalidad» literaria, «capaz de superponerse a todo tipo de formas de composición verbal y cauces genéricos» (p. 296).

La obra está dividida en cuatro partes, de las cuales la primera tiene quizá un mayor peso específico en el libro. Se trata de un amplio y detallado recorrido por la historia del concepto de ironía desde sus orígenes socráticos hasta las más recientes corrientes críticas. El interés por el fenómeno irónico se inicia hace veintitrés siglos, con la retórica clásica. A lo largo de estos dos mil trescientos años, ningún otro término —a excepción quizá de la retórica misma— ha dado lugar a tantos escritos sobre su naturaleza y su empleo. Cuando fue creado el término de ironía no poseía el amplio significado que este largo discurrir de siglos le ha ido atribuyendo. De ser un término originalmente reservado a la descripción de un modelo de conducta en las relaciones humanas (Aristóteles), ha pasado a designar un fenómeno de habla en las más recientes investigaciones en el campo de la metacomunicación y a erigirse incluso en rasgo caracterizador de la llamada «buena literatura» (W. Booth) y en «uno de los distintivos de la modernidad» (P. Ballart, p. 23).

Este extenso primer bloque, la historia de las aproximaciones teóricas al concepto de ironía, viene a llenar un notable vacío informativo en la bibliografía sobre el tema: hasta este libro de P. Ballart, la investigación especializada carecía de un trabajo tan exhaustivo —sólo teníamos estudios parcelados— sobre la evolución histórica del concepto.

En los dos bloques centrales de la obra —*Definiciones del fenómeno* y *La figuración irónica*— P. Ballart concreta su verdadero objetivo y desarrolla su modelo de interpretación fijando un *minimum* de rasgos configuradores de los mensajes irónicos. Tomando como punto de referencia las diversas clasificaciones a las que ha sido sometida la ironía a lo largo de su historia, P. Ballart lleva a cabo una sistemática revisión de las más afortunadas de estas taxonomías, para extraer como conclusión los rasgos realmente sustantivos del fenómeno irónico. Se trata de sucesivas *disecciones* practicadas al concepto, que logran en parte perfilar una categoría difícil de compartimentar y hasta de definir. A partir de los trabajos previos de H. Lausberg (1960), E. Hut-

chens (1962), N. Knox (1972), W.C. Booth (1974) y D.C. Muecke (1982), el Dr. Ballart logra acotar el extenso horizonte de la ironía al elaborar una matriz de rasgos mínimos imprescindibles para caracterizar todos los tipos posibles del fenómeno.

Todo discurso, para ser decodificado como irónico, ha de cumplir una serie de condiciones que, además, deben manifestarse en concurrencia. Son las siguientes (p. 311):

- (a) un dominio o campo de observación
- (b) un contraste de valores argumentativos
- (c) un determinado grado de disimulación
- (d) una estructura comunicativa específica
- (e) una coloración afectiva
- (f) una significación estética

Esto no impide, naturalmente, la aparición de otros muchos factores de interés literario en un texto irónico, y así sucede en buen número de ocasiones. Pero gracias a esta matriz de rasgos sustanciales se facilita enormemente la labor del estudioso, ya que permite deslindar conceptos tan afines a la ironía —y tan a menudo confundidos con ella— como son la parodia, la sátira o lo meramente cómico.

Tras delimitar la esencia de lo irónico, P. Ballart completa su aproximación al fenómeno con el estudio de sus «accidentes», es decir, las variantes estilísticas con que se manifiesta la ironía en los textos, su soporte lingüístico. Para hacer su exposición más clara y sistemática, Ballart parte de un concepto clarificador, ya mencionado en líneas anteriores —y presente también en Berrendonner (1981): *el contraste de valores argumentativos*. Eligiendo esta premisa como base de la clasificación, surgen tres tipos de ironía, según los planos de significación en los que se establezca el contraste argumentativo (pp. 326 y ss.):

- (a) ironías de contraste en el texto
- (b) ironías de contraste entre el texto y su contexto comunicativo
- (c) ironías de contraste entre el texto y otros textos

Cada uno de estos apartados permite el análisis de los diversos «instrumentos» lingüísticos que contribuyen a la génesis de la ironía (lítote, eufemismos, reticencias, exuberancia verbal, yuxtaposición de lo más abstracto y lo más cotidiano, alternancia de registros, cambios de tono, etc.). Muy interesante es también el último apartado de este bloque, donde P. Ballart concreta las variaciones a las que se somete la ironía para manifestarse en los distintos géneros literarios: «la ironía puede adquirir fisonomías muy distintas» (p. 373). En la lírica, la ironía contribuye a la creación de la identidad poética; en la narrativa, suele regir todos los niveles de significación de la obra; en el teatro es quizá donde la ironía se manifiesta con mayor naturalidad (pp. 373 y ss.).

El libro se cierra con la puesta en práctica del modelo teórico de interpretación recién construido. A través del análisis de tres obras literarias españo-

las (*Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes; *Los cuernos de don Friolera*, de Valle-Inclán; *Moralidades*, de Gil de Biedma), P. Ballart somete el aparato teórico de su obra a la prueba del análisis literario para comprobar su eficacia en el plano textual, fuera de los niveles abstractos en los que forzosamente ha tenido que desarrollarse la primera parte de la investigación. Escoge tres obras de diferente género para demostrar que la ironía opta por distintas vías para manifestarse, según el medio. La inclusión de estos textos en concreto es el fruto de una decisión muy meditada, «a pesar de que la veta irónica que desde antiguo recorre la literatura española hacía que, por fortuna, no faltase donde escoger» (p. 458).

Mención especial merece el apartado bibliográfico, extraordinario por su exhaustividad, por su cuidada puesta al día y por la rigurosa organización de los materiales con que cuenta. La recopilación bibliográfica llevada a cabo por el Dr. Ballart es impresionante en su minuciosidad y una gran ayuda para el investigador que se propone acceder a ese terreno un tanto resbaladizo que es el de la ironía. No obstante, encuentro en esta sección algunos errores que creo necesario citar aquí porque habrían de ser revisados en posteriores ediciones: algunas omisiones de textos traducidos al español (Berrendonner, 1981), desajustes en algunas fechas de publicación (Kerbrat-Orecchioni en *Linguistique et sémiologie*), fallos al hacer referencias bibliográficas en el aparato de notas (pp. 270, 273)... Fuera de esta sección, y repartidos por todo el libro, hay también una cantidad nada desdeñable de errores tipográficos que no debieran estar presentes en una obra tan ambiciosa y tan magníficamente resuelta como ésta (pp. 33, 282, 287...). De cualquier modo, son detalles mínimos y fácilmente subsanables, que en modo alguno empañan la buena impresión que deja la lectura del libro.

No quisiera cerrar este comentario sin destacar una característica de *Eironia* que considero fundamental en una buena investigación: creo que posee el mérito enorme de la honestidad, una rara virtud que, en mi opinión, recorre como hilo conductor cada página del libro («la soberbia, en fin, nunca me ha parecido el talante que mejor deba cuadrar a un investigador de la literatura», p. 13). P. Ballart parte del reconocimiento de unas limitaciones que terminan siendo ampliamente superadas por un modelo teórico de interpretación riguroso y eficazmente operativo. Pere Ballart ha escrito un libro clarificador, muy bien planteado en sus objetivos iniciales y extraordinariamente resuelto en sus conclusiones finales. Sin duda alguna, a partir de la publicación de *Eironia* aproximarse a la investigación de la ironía será una tarea menos ardua.